



# El Misterio de la Llave Dorada de San Juan

Emilia Martin Ortiz





Mateo y Sofía, dos amigos de sexto grado apasionados por los enigmas, disfrutaban de una tarde soleada en la Plaza 25 de Mayo en San Juan. Repentinamente, Toby, un simpático perro mestizo de pelaje cobrizo, corrió hacia ellos sosteniendo un extraño cascabel de plata entre sus dientes.





Intrigados por el hallazgo, los jóvenes detectives acompañaron a Toby hasta el centro cultural de la ciudad, donde descubrieron que la valiosa llave dorada del reloj histórico había desaparecido. En el suelo de mármol resaltaban pequeñas huellas misteriosas que no parecían de ningún ser humano.





Mientras inspeccionaban el jardín, Misa, una elegante gata negra con deslumbrantes ojos dorados, maulló desde la rama de un pimentero señalando hacia la arbolada avenida. Mateo ajustó su lupa de detective mientras Sofía anotaba cuidadosamente cada sospecha en su libreta de campo.





El equipo improvisado cruzó las coloridas calles sanjuaninas bajo el cálido sol cuyano, siguiendo los ágiles pasos de la gata Misa. En el Parque de Mayo, varios perros y gatos del vecindario se reunían silenciosamente, como si compartieran pistas secretas sobre el misterio.





Toby pegó su trufa al suelo y comenzó a rastrear un sutil aroma a alfajores de alcayota que cruzaba la acera. Mateo y Sofía siguieron el rastro con entusiasmo, maravillados por la increíble cooperación entre el fino olfato del perro y la agudísima visión de la gata.





Un suave viento Zonda comenzó a soplar entre las copas de los árboles cuando las pistas los condujeron hacia la base del monumental Campanal de la Catedral. En la entrada de piedra, los dos niños encontraron un pequeño trozo de cinta roja enganchado en la reja.





Mateo y Sofía subieron cautelosamente los antiguos escalones de la torre acompañados por sus fieles compañeros de cuatro patas. Al llegar a la parte alta, Misa dio un salto ágil hacia un rincón sombreado, revelando la guarida secreta donde se escondía el objeto robado.





Para sorpresa de los jóvenes investigadores, no se trataba de un hábil ladrón, sino de un pequeño cachorro callejero que había tomado la brillante llave creyendo que era un divertido juguete. Toby acurrucó con ternura al cachorrito mientras Sofía recuperaba la valiosa pieza intacta.





De regreso en la plaza principal, los astutos detectives devolvieron la llave dorada a las autoridades locales, quienes aplaudieron la brillante deducción de los alumnos de sexto grado. Toda la comunidad festejó el hallazgo, reconociendo también la astucia de los perros y gatos guardianes.





Con el caso resuelto y las montañas de la cordillera tiñéndose de tonos violetas al atardecer, Mateo, Sofía, Toby y Misa compartieron unas ricas empanadas a la sombra de las palmeras. Sonriendo con orgullo, los amigos supieron que ningún enigma sería imposible para la mejor agencia de detectives de San Juan.